

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 04 de Febrero de 2009

### ¡¡¡QUÉ DIFÍCIL ES SUICIDARSE!!!

Sí amigos míos, he vuelto a reflexionar. Es lo que hace el aburrimiento... que uno se pone a reflexionar... y al final obtiene unos pensamientos y unas conclusiones que no sabía que era capaz de sacar. Hay gente que no es capaz de reflexionar o de pensar. Porque la mente, en cierta medida, es como un baúl o un tarro de esencias... pero esto solo para la gente que suele recapacitar o pensar. Porque los que no lo hacen normalmente, su mente se asemeja más a un pozo séptico, y cuando recapacita... es decir, cuando lo remueve... surge de él un hedor... incalificable. En fin. Y la reflexión la centré en torno a un tema espinoso... el suicidio. Y no surgió de forma premeditada, no. Surgió de improviso. Después de dos horas repasando un examen del que no entendía ni papa. Dicen los expertos que cuando surge un problema, lo más importante es solucionarlo. Y yo encontré la solución de manera inmediata: "Yo me suicido". Si lo llego a saber, no lo propongo. Porque suicidarse no es una cosa sencilla, ni un capricho. ¡¡Que me lo digan a mí!!

La gente suele decirme que soy un suicida en potencia. ¡¡Y lo dicen solo porque cruzo los pasos de cebra con semáforo en rojo!! No entienden que yo no tengo tiempo para esperar a que le dé la gana al marcianito del semáforo cobrar su color. Y cuando cruzo, los coches pegan frenazos y los conductores sacan la cabeza por la ventanilla para dedicarme algunos piropos como *Gilipollas, Cabrón, Tonto de los Cojones, Loco...* Yo no lo veo muy normal, pero qué sabré yo.

En cierta ocasión salí en bici con dos cometas atadas al manillar. Lo cierto es que la tarde estaba despejada... y quería comprobar qué se sentía al controlar dos cometas paseando en bici. Lo cierto es que algo debió salir mal. O es que no le caigo muy bien a Dios. O ambas cosas. Se formó un tormentón del copón. Y a ello, le debo añadir que las cometas se enredaron debido al gran viento que se puso. Cuando desaté las cometas del manillar, me cayó un rayo. Lo sé porque puedo describir toda la secuencia hasta donde alcanzan mis recuerdos: Justo cuando tenía ambas cometas sujetas con las dos manos se oyó un estruendo enorme. Entonces, un enorme relámpago iluminó mi cara y me asusté. Pero tras el relámpago, una energía inmensa bajó aprovechando las cometas a través del hilo, me llegó a las manos y de ahí a los pies. Así, tomo tierra definitivamente. Llevaba mis botas de fútbol con sus tacos de acero. Yo había pensado que llevar la montera de torero que me cedió mi abuelo en herencia, no era buena idea. Me la puse para presumir de ella allí por donde iba. Pero las muestras de cariño de la gente se tradujeron en una inmensa lluvia de piedras sobre mi cabeza. Cuando me cayó el rayo, como consecuencia de ello, la montera ardió y me quedé sin cabello. Fruto del desvanecimiento que sufrí posteriormente, arree con la cabeza contra el manillar, tras lo cual, caímos la bici y yo mismo sobre un suelo completamente encharcado. Desconozco si todos los cerdos comen en pocilgas tan impactantes, pero no deben ser tan distintas de la concentración de mugre y barro sobre la que estaba tumbado. Cuando ya había recobrado por completo el conocimiento, me levanté para recoger la bicicleta. Justo en ese instante, un segundo rayo me petrificó nuevamente. En esta ocasión fueron mis calzoncillos quienes echaron a arder. Y aunque no suelo tener mucho vello púbico, les puedo asegurar que no hace falta tenerlo para que también eche a arder. No tuve más remedio que hacer una bola de barro bien grande y aplastarla contra mis genitales, o lo que buenamente pude rescatar del incendio de mi vello púbico. Les puedo asegurar que incendiarse los genitales no es una sensación muy agradable, pero apagarlos con barro es muy placentero. Justo en ese instante, y no adivino bien por qué, apareció una pareja de municipales que me pillaron en actitud indecorosa. Y me denunciaron por hacer obscenidades en público. Me acusaron de estar masturbándome con barro. Y no pude demostrar que en realidad lo que estaba haciendo era, aparte de apagar el fuego de mis genitales (y no precisamente en sentido figurado), evitar que se me formaran enormes ampollas en los mismos y en el miembro que se identifica perfectamente con las dos últimas sílabas de la palabra ampolla. Y no lo pude demostrar porque, con los nervios, subí al coche patrulla rápidamente y no me dio tiempo a quitarme el barro que me puse en la entrepierna. Con el paso de los minutos, el barro se empezó a secar y se me adhirió como una lapa. Cuando se convencieron de que aquello era imposible de despegar, me llevaron al centro de salud. Allí, y gracias a un soplete que no sé realmente qué pintaba allí, pudieron desquebrajar el pegote de barro. Al abrir el cascarn descubrimos la gran sorpresa: ¡¡surgió un enorme capullo!!! NO, es broma. Lo que realmente surgió fueron tres enormes ampollas en los genitales, ampollas que estallaron conforme el barro se quitaba. Fue un día muy duro para mí.

Pues llegué a la convicción de que la solución final de mi vida pasaba irremediamente por matarme. Como fuera. Y lo intenté de muchas formas. Primero pretendí electrocutarme mientras me duchaba, pero cuando lancé la plancha a la bañera llena de agua, se fue la luz, y no pude. Cuando uno quiere, no puede... ¡¡¡desde luego!!! Posteriormente opté por la forma más tradicional, la de la soga ajustada al cuello... pero la até a una lámpara y claro, al peso de mi caída, se desplomó la lámpara y me arree en la cabeza. Solo obtuve 15 puntos de sutura, que no fueron suficientes para matarme. Me decidí por atarme a las vías y esperar a que llegara el tren. Pero pasaron las horas y me entró hambre. Y allí no llegaba nada. Al fin me dí cuenta, por esas vías, hacía ya unos años que no pasaban los trenes. Me arrojé desde el quinto piso donde vivía mi amigo Juan, pero cuando me iba cayendo, me dí cuenta de que debajo había aparcado un camión de estiércol que hizo de colchón y sobreviví. Eso sí, de forma indecorosa. Pensé en pegarme martillazos en la cabeza, pero al primer martillazo tronché el martillo y mi padre me apretó una soberana paliza. Pensé en dejar el motor del coche de mi padre en marcha y articular un tubo para inhalar monóxido de carbono. Pero cuando ya iba yo camino del cielo, se soltó el freno de mano del auto, en cuesta abajo, y me empotré contra una tienda de helados que había. El airbag me salvó la vida contra mi voluntad. Y tuve principio de congelación en la mano derecha porque una pila de cajas de helados de fresa se derramaron sobre ella. Crucé adrede por un paso de cebra en rojo, pero esta vez me tiré en mitad de él. Parecía que esa era mi oportunidad. Vi llegar a gran velocidad un camión cisterna que, para desilusión, giró en la esquina justo antes de llegar a mi altura. Después, cuando se me quitaron las ganas de suicidarme, al incorporarme, llego un abuelete con una garrota que me repartió una ristra de palos como hasta entonces no podía ni imaginarme. Por último metí la cabeza en el horno, otro clásico, pero agoté el gas y no pude llegar a morirme. ¡¡Una pena!!! Así, he llegado a una conclusión, suicidarse es muy difícil. Es mucho más fácil matarse sin premeditación. Por lo tanto, no se suiciden. Un abrazo a todos, de Vk.